



Especialista en psicopatología clínica



www.isfap.com · info@isfap.com

TEMA VII. LA ESTRUCTURA PERVERSA

Introducción. La perversión como negativo de la neurosis

El término perversión ha dado lugar, a lo largo del tiempo, a confusiones debido a su uso tanto popular como médico. Se ha tendido repetidamente a relacionar la perversión con las desviaciones sexuales. Actualmente la medicina y la psicología van un poco más allá y las desviaciones sexuales son consideradas como disfunciones o parafilias, ello ha originado que el término caiga en desuso. Incluso los manuales de diagnóstico del DSM IV y CIE 10 no consideran la denominación de perversión.

Es el psicoanálisis el que ejerce una lectura particular. Desde la perspectiva del psicoanálisis, la perversión se aleja de las parafilias y toma valor como una de las tres grandes estructuras nosográficas: psicosis, neurosis y perversión. Se parte así de un origen lógico en relación a la dinámica edípica, y ello conlleva una fuerte concepción teórica.

Como ya hemos ido mostrando a lo largo del curso, las estructuras básicas dependen de una relación simbólica en la dialéctica también simbólica del paso edípico del ser al tener. Cobra importancia el significante en relación a la falta y la completud del Otro (significante fálico). Planteado así, se parte de momentos lógicos cruciales y determinantes en la constitución del sujeto, y de diferentes maneras según las cuales un sujeto se relaciona o no con lo simbólico de estas apreciaciones. Así, cobra importancia la posible intervención del significante llamado paterno (no del padre real) y su intervención en la dialéctica. Recordemos los tres grandes caminos posibles:

En la neurosis se reprime la significación primordial, reservándose entonces el término utilizado por Freud característico de la estructuración neurótica Verdrängung (Represión). Esta estructura esta basada en inscripción de la función significante como punto de origen. La neurosis se describe en relación a la función simbólica relacionada

con la demarcación de una legalidad en relación a la triangulación edípica (significante nombre del padre).



Para la psicosis el término utilizado es Verwerfung (Forclusión), a diferencia de la neurosis donde se reprime la significación, en este caso se la expulsa del aparato psíquico.

Para la perversión el término utilizado por Freud es Verleugnung (renegación), aquí la significación del significante primordial se mantiene, pero no se deja de renegar contra ella. Así el perverso queda capturado en la dialéctica del ser y el tener, donde la terceridad será reconocida pero solo para no dejar de impugnarla (desafío y transgresión). En términos psicoanalíticos: Se cree en la castración y a la vez se reniega de ella, es decir, el perverso sabe conscientemente de la falta estructural que remite simbólicamente a la falta de pene en la mujer. Lo que ocurre es una manera particular de significar el hecho evitando la angustia. Así la significación de la ley se mantiene, porque la madre (funcional) del perverso no es una madre fuera de la ley, sino que es una madre

fálica, porque el perverso mantiene en el horizonte una madre referida a la significación paterna, de otro modo se hablaría de psicosis. En la perversión el discurso materno se hace el representante o intermediario de esta terceridad (significante paterno), que no interviene de manera significativa más que fallidamente.

Freud va a decir repetidas veces que la perversión es el negativo de la neurosis. Ello indica que el neurótico reprime mociones pulsionales y el perverso no, pero ello también parece indicar que el perverso no tiene inconsciente... Sin embargo, la fenomenología nos está indicando lo contrario, como lo demuestra el hecho de que cualquier perverso sueña, o la situación de que el fetichista que escoge la posibilidad del fetiche precisamente porque reniega contra la madre castrada no tiene noticia alguna en lo consciente de su necesidad de que exista el pene de la madre.

¿En qué sentido podemos pensar entonces a la perversión como negativo de la neurosis?

En los tres ensayos de teoría sexual de Freud, se remarca al niño como un perverso polimorfo. Ello da la posibilidad de entender al perverso como alguien detenido en lo infantil, separado de la neurosis por el proceso de represión, es decir un ser humano que sin importar su edad cronológica no es más que un niño psíquico. Pero Freud, en la conferencia 23 nos deja claro que eso es infantilismo sexual no perversión: “La sexualidad perversa está, por regla general, notablemente centrada; todas las acciones presionan hacia una meta - casi siempre única- y una pulsión parcial tiene la primacía: o bien es la única pesquisable o bien ha sometido a las otras a sus propósitos. En este sentido, no hay entre la sexualidad perversa y la normal más diferencia que la diversidad de las pulsiones parciales dominantes... En cambio, la sexualidad infantil carece, globalmente considerada, de semejante centramiento y organización; sus diversas pulsiones parciales tienen iguales derechos... Por lo demás, también hay casos de sexualidad perversa que presentan una semejanza mucho mayor con la infantil: son aquellos en que numerosas pulsiones parciales han impuesto sus metas o, mejor, han persistido en ellas con

independencia unas de otras. En tales casos es más correcto hablar de infantilismo de la vida sexual que de perversión.”

Esta es la opinión más clara de Freud entre la estructura perversa y lo perverso polimorfo infantil. Sin embargo, no parece suficiente para la distinción clara entre el perverso y el neurótico ya que parece mostrar más unas ciertas similitudes. Lo esencial en estas afirmaciones es lo infantil, no es lo perverso sino lo polimorfo y la desorganización pulsional, y en ese sentido tanto la neurosis como la perversión quedan equidistantemente separadas de lo perverso polimorfo del infantilismo sexual, es decir la perversión estructurada nunca está más cerca (o más lejos) de la perversión polimorfa que la neurosis misma. Dado que la fuente de distanciamiento entre neurosis y perversión no ha de ser encontrada en lo infantil, volvamos a la distinción más tajante que hizo Freud: “la neurosis es el negativo de la perversión”. Volvamos pues a lo negativo.

El Negativo y la desmentida

En el artículo sobre la Denegación (1925) de Freud, se muestra la negación como un mecanismo defensivo que sirve a la censura y a la represión. Ello alude a la confección de la mentira que estructura al ser como neurótico. Según Freud “un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición de que se deje negar. La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido.” Así por ejemplo, un sujeto que dice mi mujer no es mi madre, en realidad está diciendo esta mujer es mi madre.

Es en 1927, en el artículo sobre “El Fetichismo” que Freud diferencia de la represión, un proceso que, siéndole similar, proviene básicamente de la falla producida por una alteración del yo en busca de la protección del narcisismo que puede ser afrentado por la posibilidad de castración. Es introducida así la Verleugnung (renegación o desmentida),

que se diferenciaría en este plano de la represión por ser el mecanismo que se presenta para la representación sin afecto (por lo que el afecto sí permanecería reprimido, o mejor dicho descentrado de su representación originaria). Desmentir la realidad implica recomponerla a través de los procesos de pensamiento inherentes únicamente al yo.

En este sentido podemos entender que se trata de una alteración del yo porque lo que se desmiente proviene del exterior y es una de las funciones exclusivas del yo la de la percepción (al igual que el de las desfiguraciones cometidas contra ella).

Es desde aquí que podemos poner a jugar tres elementos a la hora de entender a la perversión: desmentida (en contraste a represión), realidad (campo operatorio del yo, en detrimento de la realidad psíquica) y pérdida de un objeto.

La posibilidad de pérdida de objeto adviene como angustia según Freud.

La angustia, es siempre angustia de castración, al menos en el sentido amplio de castración (pérdida, separación, del pene en el sentido estricto). Hablar de angustia es entonces, hablar de pérdida, y de pérdida a su vez de castración. La cadena de la angustia es la cadena de las pérdidas... nacimiento (pérdida de la unidad con la madre), advenimiento del padre (pérdida del ser falo), complejo de Edipo (pérdida de la madre como objeto de amor), complejo de castración (pérdida de la representación del pene), duelo (pérdida de objeto de amor secundario), es el camino prototípico de la angustia.

La angustia es siempre real concluye Freud, pues la manera en que se genera angustia siempre tiene como miramiento último la realidad, si el peligro proviene del exterior el acceso de angustia prepara para la huida o el contraataque, si el peligro es interno, se pone en juego el displacer generado por el cumplimiento de la pulsión y se convierte en un peligro para el yo.

En este punto, a través de la castración, podemos atar con lazo firme a la desmentida con la angustia y a través de esta, situarnos únicamente en el campo del yo. En este sentido, la distinción entre represión y desmentida es no tanto “el qué se hace” sino “el con qué”.

La angustia y la desmentida son alteraciones del yo, pero son alternativas, la desmentida se presenta para renegar contra la castración que genera angustia, es decir protege al yo de la afrenta narcisista, pero se presenta bajo las mismas circunstancias en las que la angustia se presentaría, las situaciones de peligro.

La desmentida es siempre una desmentida de la castración, el negativo de lo negativo, si la realidad presenta un menos (pene), la desmentida está encargada de añadir un negativo más a la multiplicación (- percepción), no percibir la ausencia deja siempre intacta la posibilidad de la presencia, y en esta presencia a lo largo del desarrollo libidinal y en especial de la fase fálica, se juega toda la tranquilidad del narcisismo primario, “sí mamá o mi hermana, no tienen pene, es posible que yo también lo pierda” y pese a toda la evidencia que constataría un hecho tan lamentable, el yo prefiere bajo ciertas circunstancias alterar su conformación en el plano de la escisión (donde la perversión se aleja de la neurosis para relacionarse con la psicosis) porque el hecho de que el yo no haga consciente la percepción en bruto, no significa que no la haya percibido como tal antes de maquillarla para la consciencia, con previa desmentida.

Ángulos de la estructura perversa

Después de este pequeño recorrido por Freud, podemos plantear la organización de la perversión desde cuatro ejes:

La lógica del desmentido

Como hemos visto, se trata de la Verleugnung de Freud. Lacan la formuló como desmentido.

El Edipo perverso

El Edipo perverso se distingue por el lugar especialmente particular que se atribuye al padre en cada uno de los niveles en el que es llamado a cumplir su función. En tanto que instancia simbólica, depositario de la ley, de la prohibición y de la autoridad, el padre es perfectamente reconocido - el perverso no es psicótico. Igualmente, los atributos del padre imaginario, héroe o cobarde, padre ogro o padre ciego, son localizables y localizados por el sujeto. Es a nivel del padre real que la perversión llama la atención.



En la situación edípica que caracteriza a la perversión, el hombre que es llamado en la realidad a asumir el papel de padre es sistemáticamente dejado de lado por el discurso materno que envuelve al sujeto. Convertido así en un personaje irrisorio, en una pura ficción, el padre se ve reducido a ser únicamente una especie de actor de comedia a quien se le pide actuar de padre, pero sin que este papel implique la menor consecuencia: es un padre "para la escena".

El uso del fantasma

A nivel de contenido, se puede decir que todo fantasma es esencialmente perverso. El escenario imaginario en el que el neurótico conjuga su deseo y su goce no es nada más, después de todo, que el modo en el que se imagina perverso en secreto. No es por lo tanto el contenido del fantasma el que permite diferenciar al perverso del neurótico sino su uso.

Tesoro secreto, estrictamente privado en el neurótico (de tal modo que hacen falta años de análisis para que consienta en comenzar a hablar de ello), el fantasma para el perverso

es por el contrario una construcción que sólo toma sentido cuando se hace público. Para el neurótico el fantasma es una actividad solitaria: es la parte de su vida que sustrae al lazo social. Inversamente, el perverso se sirve del fantasma (sin ni siquiera darse cuenta por otra parte de que se trata de un montaje imaginario) para crear un lazo social en el que su singularidad pueda realizarse. Para el perverso, el fantasma sólo tiene sentido y función si es puesto en acto o enunciado de tal modo que consiga incluir a un otro, con o sin su consentimiento, en su escenario. Es lo que aparece, considerado del exterior, como una tentativa de seducción, de manipulación o de corrupción del partenaire. Por ejemplo, el sádico exigirá de su víctima que ella misma le pida, acusándose de una u otra falta, el castigo que va a infligirle - castigo que aparecerá entonces como "merecido".

Lo que el perverso quiere demostrar, de lo que se esfuerza en convencer al otro (a la fuerza si hace falta) no es solamente de la existencia del goce, sino de su predominancia sobre el deseo. Para él, el deseo no puede ser otra cosa que deseo de gozar (voluntad de gozar), y no deseo de deseo o deseo de desear, como para el neurótico.

La relación a la ley y al goce

Es erróneo asimilar al perverso a un fuera-de-la-ley, incluso si la interrogación clínica, el desafío y la provocación de las instancias que representan la ley constituyen datos constantes de la vida de los perversos.

Si el perverso desafía la ley, y más frecuentemente aún la juzga, no es porque se considere anarquista. Por el contrario. Cuando critica o cuando infringe la ley positiva y las buenas costumbres, es en nombre de otra ley, ley suprema y bastante más tiránica que la de la sociedad. Pues esta otra ley no admite ninguna facultad de transgresión, ningún compromiso, ningún desfallecimiento, ninguna debilidad humana, ningún perdón. Esta ley superior que se inscribe en el corazón de la estructura perversa no es, por esencia, una ley humana. Es una ley natural cuya existencia el perverso es capaz de sostener y de

argumentar a veces con una fuerza de persuasión y una virtuosidad dialéctica notables. Su texto no-escrito no promulga más que un solo precepto: la obligación de gozar.

En suma, cuando el perverso "transgrede", como dice el lenguaje común, en realidad solo obedece. No es un revolucionario, sino un servidor modelo,

un funcionario celoso. Según su lógica, no es él quien desea, no es ni siquiera el otro: es la Ley (del goce). Es ello lo que nos comunica nuevamente con el momento actual donde el Otro social hace un llamado continuo al goce. En este sentido, podemos pensar que amenaza con convertir a los sujetos en objetos-sujetos perversos...

La lógica de la perversión. El sujeto perverso

La perversión se presenta como un montaje lógico que le aporta al sujeto perverso un modo reglado de su relación al goce. Este montaje constituye una respuesta frente a la castración que a través de una escenificación denuncia su posición en la topología del goce... es mostrando su intimidad con el goce que intenta producir una inscripción de sujeto.

La obra de Jacques Lacan ha aportado nuevas luces a este universo al mostrar la diferencia con las otras estructuras y ha permitido avanzar en la dirección de la cura hasta llegar a establecer y situar a la perversión como analizable e interpretable... y esto a partir de ubicar la pregunta que el perverso formula. El sujeto perverso se interroga si le queda la posibilidad de que algo haya escapado en la disyunción cuerpo-goce, que haya escapado a ser goce alienado, es decir, la posibilidad de que todo el cuerpo no haya sido tomado en el proceso de la alienación... en ese proceso que desgarrar el cuerpo del goce. Es desde este punto que el perverso interroga la función del goce. Lacan decía, y la clínica lo prueba, que esa interrogación la produce sin jamás captarla más que de una manera parcial... Pero aún más... porque si en el proceso de la alienación se produce la disyunción cuerpo-goce... el perverso buscará reencontrar el goce, pero no sabrá lo que hace como

sujeto... y la mayor parte del tiempo queda a mitad de camino de aquello a lo que apunta. Estos son los apuntes de Lacan en la Lógica del Fantasma.

La construcción que Jacques Lacan ha producido sobre la constitución del sujeto referidas al ser y al goce, se basa en dos claras disyunciones. La primera disyunción cuerpo-goce surge como apertura a la dimensión de sujeto, como introducción entre el cuerpo y el goce de la función sujeto. La segunda disyunción es la del objeto a... como cierre... El yo (je) soy del goce, queda excluido para que surja un yo soy del goce renunciado. Se trata de un proceso que va de la alienación a la separación. Estos desarrollos han iluminado el campo de la perversión y han constituido un aporte esencial en la dirección de la cura de la estructura perversa. Al diagramar el campo del ser y el campo del objeto a como dos campos diferenciados por una operación central que se refiere a la nulificación del Falo para que advenga la segunda disyunción, la del objeto a, mostró como en la estructura perversa el acento recae sobre el ser. Esta disyunción del objeto a inscribe la historia de las pérdidas en un universo que mediado por el fantasma permite al neurótico la relación del sujeto al mundo.

El proceso en el perverso se complica (o se simplifica según se mire), se trata de un sujeto reconstituido de la alienación a condición de constituirse como instrumento de goce. Es en la operación de separación donde se constituye la posición perversa. En la neurosis la separación confronta con el Deseo del Otro donde el sujeto pone en juego su propia existencia.

Lacan señala que en la perversión la voluntad del Otro produce como consecuencia la anulación o la muerte del sujeto. El perverso colocado en la posición de querer gozar responde petrificándose como instrumento de goce... la voluntad se acomoda allí donde el deseo no tiene lugar. Si en la operación de separación se hace palanca sobre la voluntad y se vuelca la alienación sobre el Otro... el perverso en lugar de tomar la división, la empuja hacia el Otro. El acto perverso conteniendo el escándalo, el ultraje al pudor, la

búsqueda de angustia, la violación del pudor, logra alcanzar el punto de extimidad al que dará sus razones y sus comentarios en la mayor desposesión subjetiva. Esto forma parte y caracteriza al sujeto reconstituido de la alienación... entonces si es sujeto dividido en ese tiempo lógico de la alienación, es en la operación de separación donde se va a reconstituir colocando su ser entre el significante unario y el binario (en lugar de colocar su propia pérdida en el Otro, operación realizada en la neurosis). Esa colocación del ser se produce ofreciéndose como instrumento de goce.

El sujeto reconstituido de la alienación se sostiene porque la renegación de la castración o sea la renegación del vaciamiento de goce que produce la operación significativa le permite recomponer el fetiche con los restos ya inservibles de los objetos. Esta elección del ser hace que el deseo este apenas presente en la perversión y si decimos que el deseo es la barrera contra el goce, podemos captar la dificultad con el deseo... porque cuando el deseo no es barrera al goce puede suponer en el Otro un goce del cual él va a ser su siervo. Podemos captar también el lugar del fetiche viniendo a ocupar el lugar de los objetos. Es con el fetiche que el perverso completa con goce al Otro... se trata de la inversión del fantasma.

Kant con Sade

Sade guió a Lacan en la interpretación del perverso. Lacan escribió "Kant con Sade" con la intención de que sirviera de prólogo al tercer tomo de las obras completas del Marqués que publicaba el Círculo del Libro Precioso. Sade había sido apenas publicado, y en 1960 aparecía este tercer tomo conteniendo a "Justine" y "La filosofía en el tocador". Angelo Hesnard, Maurice Heine, Pierre Klossowski eran los intelectuales que habían escrito con el propósito de comentar la obra de Sade. El rechazo amenazó desde el principio. El texto también fue rechazado por la "Nouvelle Revue Française", que era la más importante revista literaria francesa de la época. Lo publicó "Critique", revista que había sido fundada por George Bataille, en 1963.

El "con" presente en el título del artículo implica que un escritor sirve de instrumento para revelar la verdad que hay en juego en otro escritor. Decir "Kant con Sade" implica que Sade nos va a permitir revelar algo que está presente en Kant, pero a su vez esto nos va a permitir captar algo que resulta de importancia para el psicoanálisis.

Lacan nos dice que el libro de Sade concuerda con el de Kant, pero lo completa, en tanto nos revela su verdad. Encontramos que hay algunos antecedentes en el hecho de aproximar Kant con Sade. Por un lado, lo hacen dos teóricos de la escuela de Frankfurt, como Max Horkheimer y Theodor Adorno. En su libro "Dialéctica de la ilustración" (Editorial Trotta), publicado en 1944 encontramos un capítulo donde cruzan a Kant con Sade y plantean que la formalización de la razón junto a la apatía lleva a instrumentalizar todo objeto empírico y tratar al otro como una simple cosa sometida a la legislación de una pura ley.



George Bataille (quien le dedica un par de capítulos en "El erotismo") escribió un prólogo a una edición de "La filosofía en el tocador" titulado "Sade y la moral" y al igual que otros, como Pierre Klossowski, se ve llevado a tratar la cuestión en relación a la moral de Platón. Sin embargo, luego de algunas alusiones, cita a Kant porque éste hace del arte el

tipo de acción moral, ya que el arte es la única acción cuyo fin es la acción misma. Si bien el planteamiento de Lacan cuenta con estos antecedentes, entre otros, la formalización realizada por el mismo no tiene precedentes.

Jacques-Alain Miller (en "Elucidación de Lacan") nos plantea lo que es la columna vertebral del texto: Análisis de la fórmula kantiana - Paralelo del imperativo sadiano - Análisis del fantasma sadiano.

Jorge Alemán plantea algo interesante y es que un pensamiento siempre termina segregando un mandato. Nos da algunos ejemplos: "Conócete a ti mismo", es el de Sócrates. "Llega a ser quien eres", el de Píndaro. "Apártate de la física y ve hacia mi idea de bien", el de Platón. "Conoce tu límite y no lo desbordes"; esto va desde Delfos hasta Aristóteles. "Se más que un hombre, prepara la morada del superhombre", se encuentra en Nietzsche. "Vuelve al ser después de haberlo negado", en Hegel. "Sé feliz, configúrate según el orden de los acontecimientos del mundo", en Wittgenstein.". Para Alemán cada pensador termina segregando un mandato, un significante amo, y el mérito de Kant es el haber dado cuenta de la estructura formal de estos mandatos.

Podemos distinguir los imperativos categóricos de los imperativos hipotéticos. Los imperativos categóricos son incondicionados. La conciencia moral dice "no mentirás" y este mandamiento no se somete a ninguna condición, no se trata de que no hay que mentir en tales o cuales circunstancias, por ejemplo, para obtener alguna ganancia, no sería una exigencia moral, sino una expresión de astucia, como la que suelen mostrar los políticos. El imperativo hipotético en cambio es heterónimo, opera, pero en forma condicional, sirve para obtener determinado favor. El categórico en cambio es absolutamente incondicionado, manda sin ninguna condición.

Kant denomina máxima de la acción al principio por el cual se realiza un acto, se trata del fundamento subjetivo del acto, es el principio que me lleva a actuar, aquello por lo cual es acto es realizado. Kant formula el imperativo categórico en los siguientes términos:

"Obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne en ley universal".

Entonces nos manejamos moralmente cuando somos capaces de querer que el principio de nuestro actuar se convierta en una ley válida "para todos". Es decir que no nos podemos convertir en excepciones. Si yo me encuentro en problema y para poder salir del mismo tengo que mentir. ¿Podemos convertir en universal esto de mentir cuando uno se encuentra en un problema? La respuesta es negativa, no puede convertirse esta máxima en ley universal, si todos los hombres actuasen según esta máxima, nadie creería en las palabras de los demás, ya no contarían las palabras. El mentiroso quiere mentir, pero no que le mientan los demás, se ubica como una excepción, entra en contradicción.

Hay otra formulación que utiliza Kant para enunciar el imperativo categórico:

"Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio." Resulta por lo tanto inmoral el considerar a una persona como un medio o un instrumento para obtener un fin. Es por eso que la esclavitud o la prostitución no resultan moralmente aceptables. Es inmoral usar a alguien.

Otra formulación: "Actúa de tal forma que tus normas valgan siempre para una legislación universal en el reino de los fines."

En la moral kantiana no se trata de que uno sea feliz, sino digno; de que sea razonable, sino racional; de ser legal, sino conforme a la ley. Freud va a vincular el imperativo categórico al superyó; el superyó tiene un carácter coercitivo que se manifiesta como imperativo categórico. El yo se somete al imperativo categórico del superyó, el deber imperativo no tarda en ser presentado como riguroso y cruel. Dice Freud "El imperativo categórico de Kant es, por tanto, el heredero directo del complejo de Edipo". El imperativo nombra directamente el accionar del superyó.

Para el Marqués de Sade su principal influencia filosófica fue la de un Barón: Paul-Henri Dietrich, Barón de Holbach. Mientras trabajaba en un libro sobre orgías romanas e italianas leía filosofía. Parece que quedó profundamente impresionado por la lectura del

libro "Sistema de la naturaleza, o sobre las leyes del mundo físico y del mundo moral (1770), libro publicado con el seudónimo de Jean-Baptiste de Mirabaud y que sería puesta en el índice de libros prohibidos. En 1783 Sade dice que este libro sería la base de su filosofía. El Barón d'Holbach era un filósofo ilustrado alemán, muy rico, que vivió principalmente en París. reunía en su casa a comer dos veces por semana a Condillac, Rousseau, Buffon, Beccaria, Hume, entre otros. Concurría todo extranjero célebre que pasara por París y la mesa era presidida por Diderot. En "Sistema de la naturaleza" se declaraba materialista radical y ateo decidido. Argumentaba en contra de la tesis de que era necesario explicar la naturaleza en términos de creador y creación. El Universo siempre ha estado en movimiento y la energía es el resultado de la acción recíproca entre las partes. El alma es sólo física y desaparece con el cuerpo, para él el alma no existe como un principio vital inmaterial, por lo cual la conducta humana debe orientarse especialmente hacia la posibilidad de obtener beneficios terrenales. Decía, por ejemplo: Sería inútil y quizás hasta injusto pedirle al hombre que sea justo a costa de convertirse en un desdichado. Si el vicio le proporciona satisfacción, el ser humano tendrá que amar el vicio". Holbach sin embargo no era un libertino. Decía: "La sensualidad, cuando se convierte en hábito, sofoca todo sentimiento en el corazón, extingue toda actividad en la mente; los excesos del libertino son asfixiantes y acaban por suprimir todo remordimiento que su conducta inmoral pudo haber provocado inicialmente". Rechazaba profundamente la religión organizada, consideraba a los sacerdotes como los miembros más peligrosos e inútiles de la sociedad. Afirmar la existencia de Dios para él resultaba una insensatez. Dios era para él una "noción sin prototipo", es decir una quimera.

Sade acostumbraba a utilizar los significantes "quimera" y "espectro" para referirse a Dios. Holbach fue calificado como "el enemigo personal del Todopoderoso". En el orden moral para Holbach no existe otra ley que la del amor a sí mismo, el egoísmo. La religión es entonces corrupta, inútil, nacida del temor y la ignorancia. Pero para él el ateísmo, al

igual que la filosofía no están al alcance de la masa. La idea sería suprimir la religión reformando las costumbres a partir de una difusión de las ideas ilustradas. Voltaire lo criticó profundamente, Goethe calificó su obra de "tenebrosa y cadavérica"... En todo caso, ahí tenemos la esencia de Sade.

Lacan nos dice que en Sade encontramos una máxima que propone su regla al goce, y que resulta insólita porque es formalizada en consonancia con la moda kantiana. Podemos enunciar la siguiente máxima:

"Tengo derecho a gozar de tu cuerpo, puede decirme quien quiera, y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él." (Escritos)

Por eso Lacan dice que Sade realza el imperativo kantiano que tan bien prefigura el superyó con lo que le faltaba: el goce. Lacan plantea que este imperativo moral es desde el Otro desde donde su mandato nos requiere. Pero el sujeto se encuentra escindido por toda intervención del significante. La máxima sadiana resulta más honesta para Lacan en tanto se pronuncia por la boca del Otro en lugar de la voz que viene de adentro, de esa forma desenmascara la escisión del sujeto.

Lacan aisló y formalizó la estructura del fantasma sadiano. Sade es un libertino prisionero, no sólo por haber pasado tantos años de su vida en la prisión y en el manicomio, sino porque fue prisionero de su fantasma. Sustituyendo la falsa libertad moral promulgada por los libertinos, propone una moral de obediencia estricta. Mientras los libertinos promueven burlarse de la ley, Sade promueve una ley severa cuyo mandato es "Hay que gozar, es una obligación" (André. S. "La impostura perversa") Sade fue prisionero voluntario de su fantasma, también su víctima.

La lógica totalitaria de Sade también pretende ser llevada por Sade a las letras "La filosofía ha de decirlo todo", afirma en Historia de Juliette. Se propone con la filosofía reintegrar en el decir lo que no se dice, un deber decirlo todo que tiene como misión que

no quede ningún resto, un decir que consiga atrapar lo que excede al decir: el propio goce. El perverso lleva al límite su intento de ir más allá del principio del placer.

Para Lacan el mal sadiano es equivalente del bien kantiano. La estructura perversa se caracteriza por la voluntad de goce, por la voluntad del sujeto de transformarse en un instrumento de goce ofrecido a Dios.



El perverso se sitúa como objeto de la pulsión, como un instrumento para el goce del Otro. La fórmula del fantasma se invierte. El perverso se coloca en la posición de objeto-instrumento de una

voluntad de goce propia del Otro. No se trata de que obtiene placer, sino de que es instrumento de goce del Otro. Es instrumento del objeto de la pulsión escópica en el exhibicionismo y el voyeurismo, es objeto de la pulsión invocante en el sadismo y el masoquismo.

Contrariamente a lo que se supone, los "desarreglos" de Sade están absolutamente regulados, la lujuria está lejos de ser desenfrenada, las escenas están finamente calculadas. Se juega algo del orden de cierta legalidad que nos pone de evidencia que el perverso sabe administrar el goce, a su manera, evitando que la barra los golpee, procurando que la angustia caiga en el otro. Se observa claramente en el esquema del fantasma que Lacan nos presenta. Esa línea sinuosa muestra como el perverso se ubica como objeto, instrumento de goce. La voluntad, dice Lacan, domina todo el asunto.

Hay un libro de Hannah Arent "Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal". Hanna Arent escribe a partir del juicio que se le celebró en Jerusalén en 1961 a Adolf Eichmann, teniente coronel de la SS, uno de los mayores criminales de la historia. Hay un capítulo titulado "los deberes de un ciudadano cumplidor de la ley". Allí plantea una nueva ley basada en las órdenes del Führer y cualquier cosa que Eichmann realizara lo hacía considerándose un ciudadano cumplidor de la ley, cumplía con su deber, no sólo obedecía órdenes, obedecía la ley. Hablaba de obediencia ciega, "kadavergehorsam, "obediencia de cadáveres" lo llamaba. En el interrogatorio policial declara enfáticamente "...que siempre había vivido en consonancia con los preceptos morales de Kant, en especial con la definición kantiana del deber". El juez lo interrogó buscando las razones de su invocación a Kant, y ante la sorpresa general dijo "Con mis palabras acerca de Kant quiere decir que el principio de mi voluntad debe ser tal que pueda devenir el principio de las leyes generales.". Los nazis habían reformulado el imperativo categórico kantiano, habían formulado "el imperativo categórico del Tercer Reich: "Comportate de tal manera que si el Führer te viera aprobara tus actos".

El goce en el placer

Recordemos la distinción entre placer y goce. Esta distinción no existe claramente en Freud, quien sí usa ampliamente ambos términos, Lust y Genuß, disponibles en la lengua alemana. Freud no los opone a la manera lacaniana, sino que, más bien, los emplea, en muchas ocasiones, indistintamente.

Para Lacan, en cambio, hay una oposición clara entre placer y goce. El placer, como Principio de Placer, está del lado de la neurosis y condena al neurótico a una perpetua búsqueda del objeto perdido de la mítica y freudiana experiencia de satisfacción. Lo importante es que, en la neurosis, el objeto primitivo- que Lacan denominará la Cosa- está irremediabilmente perdido a causa de que la metáfora paterna ha relegado al

Significante materno bajo la barra de la represión. Por ello es que el amor se vuelve imprescindible, pues permite al sujeto reencontrar, aunque sea imaginariamente, dicho objeto perdido o, al menos, un sucedáneo equivalente. El amor se nutre de la sublimación y es por tal motivo que Lacan dice de esta última que consiste en “elevar un objeto cualquiera a la dignidad de la Cosa”. La sublimación es tomar una cosa por otra, por la Cosa, sólo que- pequeño detalle- dicha confusión cambia el signo del encuentro con el objeto, que de ser angustiante pasa a ser placentero. Lacan relaciona el Principio de Placer con la noción aristotélica de autómaton, término que se puede traducir como “espontaneidad”, una especie de azar más allá de toda intención expresa por parte de un sujeto. Esto quiere decir que el Principio de Placer funciona en el sujeto sin deliberación e independientemente de su voluntad; busca su objeto erótico sin saber a ciencia cierta qué es lo que busca ni porqué encuentra lo que encuentra. En Freud (La Dinámica de la Transferencia, 1912), encontramos también la idea de que emergemos de la infancia con un Klischee que domina nuestra vida erótica y sentimental y que dicho Klischee será eventualmente la clave y el modelo de los procesos transferenciales.

El goce, en cambio, está del lado de la psicosis y representa un intento del sujeto de ir más allá de lo que permite el Principio de Placer y alcanzar la Cosa u objeto incestuoso primitivo. Ello es posible debido a que la pantalla protectora de la metáfora paterna no se ha instalado en el sujeto y se trata más bien de que éste queda expuesto a la proximidad de la Cosa, que desestabiliza su relación con la realidad consensuada.

El problema surge a partir de una definición paradójica que los lacanianos dan del goce al definirlo por medio de una fórmula que reza: Lust im Unlust, placer en el displacer. Ello implica que el goce es un tipo de placer y que entre placer y goce no hay oposición excluyente sino una relación de género y especie en la que el placer es el género y el goce una de sus especies. La sorprendente idea de que algo displacentero es buscado por el sujeto como si encontrase en él un placer resulta siempre difícil de explicar, por más que la clínica atestigüe sobradamente que de alguna manera las cosas son así. Masoquismo

primario, pulsión de muerte, transferencia negativa, envidia primaria, autodestructividad y el goce lacaniano son los artefactos teóricos que la tradición psicoanalítica ha acuñado para dar cuenta de dichos fenómenos mórbidos. En este sentido, el goce no es privativo de los psicóticos y tropezamos muchas veces con expresiones como “el goce histérico” o “el goce neurótico” que dan a entender que también los neuróticos se aferran a situaciones displacenteras como si encontrasen en ellas alguna indescriptible delicia.

La definición del goce como Lust im Unlust es, entonces, aplicable a todos los seres humanos sin distinción.

Lo que aquí nos interesa es la posición alcanzada por los perversos en relación al goce en el placer. Freud admitía que los perversos gozan más que los neuróticos, con lo cual convalidaba lo que los mismos perversos aseguran, a saber, que ellos sí han alcanzado algo así como la cumbre del placer, cosa que los convierte en maestros de la sexualidad y en propietarios de un saber acerca de tales lides muy superior al de los comunes mortales. Freud atribuía tal plus de placer al hecho de que la represión no funcionaría en los perversos tal como lo hace en los sujetos neuróticos, aunque no deja de aclarar que la represión debe ciertamente hallarse presente en ellos: Como comentábamos más arriba, los fetichistas ignoran la significación de su fetiche. Tanto, entonces, no saben.

De todos modos, es difícil señalar cuál es la posición del sujeto perverso frente al placer: no hay goce en el sentido de pretensión de alcanzar la Cosa como reza la fórmula para los psicóticos, pero su búsqueda de objetos es tan estereotipada como la de los neuróticos, lo cual obliga a pensar que algún tipo de autómata se ha instalado en ellos y que, por tanto, su deseo se halla acotado por alguna figuración de la Ley. Siempre se habla de la identificación del perverso con el freudiano padre de la horda, con un Uno incomparable, que no admite restricciones en su goce. Pero el padre de la horda es el dueño de todas las mujeres, no un sujeto incestuoso que toma posesión de su madre. La figura de la madre está reemplazada por el conjunto equivalente conformado por “todas las mujeres”. El

neurótico seguiría una línea de equivalencias cada vez más acotadas: de “todas las mujeres” pasa a “algunas mujeres” y, finalmente, a “una mujer” leído como “esta mujer” (exogamia, matrimonio monógamo, voto de fidelidad, etc.). En realidad, la toma de posesión de la madre no se verifica nunca y está claro que entre los psicóticos es más bien la madre-Cosa la que se posesiona del hijo y lo controla.

Según parece, hemos de admitir que esta identificación con el padre primitivo salva al perverso de la Cosa materna y le permite conservar una relación estable con la realidad. Así pues, el perverso de algún modo pretende situarse del lado de un goce irrestricto- dicen ser libres en cuanto a su deseo-, aunque, por otro lado, la rigidez del acto perverso en cada caso es tal que nos conduce a sospechar de sus palabras y nos plantea la necesidad de ponerlas en perspectiva.

Estas dificultades se aclaran un poco cuando vemos cuál es la relación del perverso con la Ley, en cómo se ha verificado en él la metáfora paterna (instalación de una represión en su psiquismo en clave freudiana) y qué avatares sufrió su identificación primaria con el padre primitivo. Dice el marqués de Sade: “cualquier cosa menos el pene en la vagina. Con ello, marca claramente que sabe muy bien que la Ley moral sexual limita la sexualidad al acto procreador, esto es, al coito heterosexual. Pero se resiste a dicho mandamiento y genera otro exactamente opuesto: la consigna perversa de alguna manera reproduce irónicamente el mandato social y encuentra su razón de ser en su trasgresión. Siguiendo la línea freudiana de la renegación (Verleugnung) de la castración y el horror a la vagina, surge el problema de qué hacer con ésta. En Justine, se propone transformarla en un ano, rellenándola de excrementos y succionándola luego. En La filosofía en el tocador, se opta por una solución más radical. Cuando la madre aparece buscando a su hija, es torturada, ofendida y vejada de mil modos hasta que los libertinos presentes deciden suturar su vagina, suprimiendo por tal medio la causa última del horror que subyace al goce perverso.

Aulagnier (La estructura perversa) señala que el sujeto perverso ha quedado atascado en el horror a la vagina sin poder transformar el horror inicial en fascinación por medio del juego infantil (el famoso “juego del doctor”, que no es sino una mutua y reiterada demostración del genital entre niños y niñas). En la película de las amistades peligrosas, vemos cómo Valmont cree y hace creer que es un seductor invencible para luego caer en la cuenta de que no es más que una marioneta manipulada por la maquiavélica marquesa de Merteuil. Se patentiza cómo ese sujeto supuestamente libre trabaja para el goce del Otro, encarnado por la mortífera marquesa, por lo cual vemos también en qué medida Sade acertaba en identificar a la figura de la madre- una madre arcaica y voraz- como el verdadero enemigo que debía enfrentar. En otra parte ya hemos visto cómo la madre del perverso es un desierto de goce y cómo la promesa del don fálico no se verifica adecuadamente y el futuro perverso tiene que vérselas solo con la resolución del enigma del goce fálico.



Como consecuencia de lo ya dicho, concluiremos que los placeres de la perversión serán una fiel imagen especular invertida de cuantos placeres se hallen a mano de un neurótico. Mientras el neurótico goza

inconscientemente con la renuncia al objeto perdido y sus síntomas vienen a ser una perpetua conmemoración de dicho acto de desprendimiento, el perverso hará gala de un desenfreno opuesto a la renuncia neurótica. Se ven a sí mismos como seres exuberantes y astutos. Sade se preguntaba cuál era la utilidad de vivir refrenando los impulsos innobles y malvados: lo mejor y más fácil es darles curso y utilizar luego la inteligencia

para escapar al castigo. Así como el cristiano ha de imitar a Cristo como ejemplo supremo de sumisión a la Ley y mansedumbre, el perverso se regodeará en la trasgresión y rebeldía ante todo lo instituido y reputado socialmente como valioso. Estos imitadores de Lucifer viven de aquellos a quienes denuestan y a quienes burlan continuamente. No pueden dejar de hacerlo puesto que su posición subjetiva es puramente reactiva y completamente artificiosa. No existirían sino pudieran escandalizar a los neuróticos.

Es frecuente observar que el placer está en muchos perversos como “mentalizado” y considerablemente alejado de cualquier sensación grata producida por el cuerpo. El placer en la humillación es un buen ejemplo: Piera Aulagnier lo considera uno de los logros de la perversión: transformar la humillación en valoración narcisista, lo mismo que el dolor en placer, etc... Lo que no logra es transformar el horror y por ello lo reproduce adoptando, como decía Freud, una actitud activa en vez de pasiva. El perverso aparece en sus dichos como el que es valiente y se atreve a experimentar placer allí donde se supone que el placer nace, en la maldad. Avanza triunfal allí donde el neurótico retrocede debido al espanto y en esta “valentía” y “superioridad” está sostenido como sujeto. Es, en lo esencial, lo mismo que le pasa a esos moralistas recalcitrantes, tan cercanos a la perversión, ellos también triunfan- esta vez sobre las exigencias de la carne- allí donde la gente común se tiente y peca. Al igual que los perversos viven de aquellos a los que exhortan y persiguen y su estructuración mental es por completo reactiva y falsa.

Los perversos están habituados a manejarse en ese difícil límite entre el bien y el mal, proclamando con soberbia su pretensión de haber llegado “hasta el final” de la sexualidad y de la mismísima naturaleza humana, que, por supuesto, es malvada. El perverso se vuelve perverso porque no cree en el bien. El marqués lo dice en alguna parte: no vale la pena producir placer en los demás porque suelen fingirlo hipócritamente, es más seguro producir dolor porque, en ese caso al menos, uno puede estar razonablemente seguro de qué es lo que está produciendo. La hipocresía, el fingimiento y la falta de toda garantía en cuanto a la verdad de lo que se nos dice es lo que arrastra al

perverso a la perversidad. No funciona para él el discurso de la promesa por el cual el niño accede a aplazar su goce fálico. Lo irónico, lo que se oculta, es que el aplazamiento es necesario por cuanto el goce fálico no está biológicamente al alcance del niño y la pequeña comedia de prometer a cambio de un aplazamiento es un completo artificio en la medida que el padre prometedora pareciera suponer que el goce fálico sí estuviese al alcance del niño. Este vital juego de medias verdades ha de prolongarse por años- una eternidad en la óptica perversa- hasta que el goce fálico ante la mujer puede ser enfrentado por el joven varón. En el perverso, el padre real no funciona como el arquetípico dueño de todas las mujeres ni como inigualable maestro de la sexualidad y no hay, por ende, una verdadera identificación inconsciente con él, sino que el niño lo sustituye y asume, ya en la infancia, ese rol de Gozador absoluto.

Perversión y psicopatía

Perversión y psicopatía han compartido a lo largo del tiempo un camino parecido, comenzando por las ambigüedades terminológicas. Dentro del psicoanálisis en general y en la orientación lacaniana en particular, las psicopatías no han sido reconocidas de manera explícita. La clásica nosología freudiana recuperada por Jacques Lacan organiza el campo psicopatológico fundamentalmente en tres categorías clínicas: las neurosis, las psicosis y las perversiones; y las psicopatías no tienen claramente un lugar en este sistema.

Psicopatía y perversión son dos denominaciones que pertenecen a concepciones teóricas diferentes. La psicopatía parte de la psicopatología dinámica (especialmente Kleiniana). La perversión es un término estructural y no psicopatológico. La psicopatía es una patología del carácter en cambio la perversión es una estructura clínica (que no implica per se patología).

Desde la perspectiva de la semiología psicoanalítica, lo que la psiquiatría tradicionalmente delimitó como psicopatías aparece como una categoría compuesta por grupos heterogéneos ya que conviene distinguir la psicopatía propiamente dicha de las personalidades antisociales. Una cosa es el antisocial que en su acto delictivo utiliza la violencia y la coerción contra la voluntad del otro, y otra muy distinta es el psicópata que para ese mismo acto logra obtener, con una habilidad notable, la complicidad, o por lo menos el consentimiento de la voluntad del otro.

Podemos considerar a las psicopatías como patologías de la acción y de la culpabilidad, tomando dos rasgos esenciales de lo que, de una manera más o menos constante, se ha categorizado como psicopatía, ya que delimita rasgos específicos en la modalidad de la acción y también en la culpabilidad.

Cuando hablamos de acción no necesariamente nos referimos a algo equivalente a movimiento. Desde el punto de vista psicoanalítico, la acción implica siempre necesariamente el lenguaje y, por lo tanto, también la relación con el otro. Esta relación con el otro puede determinar una acción fundamental muchas veces con un movimiento mínimo. En el diálogo, simplemente contestar que no, o no contestar, lo cual es una forma de respuesta, puede constituir una acción muy determinante.

En todo caso, es en referencia a la estructura perversa, desde donde podemos entender el terreno de las psicopatías.

Freud definía las perversiones en su relación con las neurosis como el derecho y el revés, el negativo que comentábamos antes. Podríamos aplicar esta oposición a la relación entre las neurosis y las psicopatías, haciendo una comparación con lo que el psicoanálisis construyó como concepto de neurosis obsesiva. Podemos ver de esta manera cómo los rasgos se oponen punto por punto en el obsesivo y en el psicópata. Del lado del obsesivo está la patología del autorreproche, el remordimiento, la culpabilidad; del lado del psicópata, lo que podríamos llamar la creación de códigos propios. Códigos que, en

relación con los códigos comunes y compartidos, hacen que la culpa quede siempre del lado del otro. En estas categorías psicoanalíticas para describir la acción, que son inseparables de la relación con el otro, tenemos del lado de la obsesión, entonces, la autoculpabilidad; del lado de la psicopatía, la héteroculpabilidad. Lo cual quiere decir que en términos psicoanalíticos podríamos incluir a las psicopatías también como una patología del superyó, en la medida en que esta instancia tiene como origen la internalización de ciertas pautas sociales, entre ellas, las éticas o morales.

En ambas, tanto en la psicopatía como en la neurosis obsesiva, se trata de una patología de la responsabilidad. Que el obsesivo se sienta culpable, o que esté asediado por autorreproches, no quiere decir que sea un sujeto responsable. En ninguno de los dos casos podemos considerar que haya una responsabilidad plena. En fin, todo esto tiene consecuencias jurídicas que merecen ser abordadas en otros lugares.

Tanto el neurótico como el perverso presentan un problema con la responsabilidad. En uno por defecto, en el otro por exceso y por deformación. Este contraste entre neurosis y psicopatía obtenido de la generalización de la oposición entre neurosis y perversión como modalidades subjetivas puede plantearse sobre otros ejes, y de este modo destacar, como lo hace Lacan, el contraste entre el goce y el deseo. Para el neurótico es prevalente la dimensión del deseo en detrimento del goce de la satisfacción pulsional que, en las neurosis, queda sujeta más fuertemente a la eficacia de la represión y otras vicisitudes pulsionales. Visto desde otra de sus caras es equivalente a afirmar que el goce neurótico siempre implica un alto grado de sufrimiento: la satisfacción pulsional termina produciéndose por vías indirectas y sobre todo a través de la satisfacción del síntoma como retorno de lo reprimido. En la perversión, por el contrario, es prevalente la vía del goce y el deseo mismo se convierte en voluntad de goce. La satisfacción pulsional se obtiene por vías más perentorias, la llamada impulsividad del psicópata.

Pero podríamos destacar también un contraste sobre el eje de la demanda. La modalidad neurótica conduce al sujeto a ubicarse en dependencia de la demanda del Otro. Al neurótico le gusta hacerse demandar y usa sus recursos para que el otro le pida, le ruegue, le sugiera, le ordene..., todas diferentes formas de la demanda con las que espera sobre todo obtener el reconocimiento del Otro. El psicópata, por el contrario, demanda, impone formas sutiles de exigencia, incita al otro a la acción.

Si tomamos otro rasgo de comparación en esta oposición –siguiendo la indicación freudiana del negativo y el positivo– entre neurosis y perversión, tenemos del lado del obsesivo un predominio del pensamiento, de la duda, de la indecisión, todos rasgos que configuran el concepto de neurosis obsesiva; del lado de la psicopatía, por el contrario, predominan la acción y la seguridad en ella. Del lado del obsesivo encontramos una cierta torpeza en la acción, del lado del psicópata, una cierta habilidad o facilidad.



Finalmente, podríamos incluir otro rasgo tomando esa perspectiva tan importante en la psicopatía que es la relación con el otro, y que ha sido clásicamente descrita en la psiquiatría con este rasgo de la cosificación del otro, que tiene que ver con no respetar sus derechos, no considerarlo una persona, tratarlo como una cosa, etc.

Mas aquí entra en juego lo que ya comentamos antes de la inversión del fantasma... Lacan se ha preguntado si este rasgo en el perverso, que habitualmente es descrito como cosificar al otro, tratarlo, no como un sujeto, sino como un objeto, se ha preguntado si no estaría mejor descrito con la posición inversa. Esta consiste en pensar que el psicópata, por el contrario, tiene una

muy especial empatía con el otro, y que es esta posición de empatía y de identificación con el otro lo que le permite sus grandes habilidades y su posibilidad de manipulación.

Desde el psicoanálisis descubrimos una paradoja... las cosas en el nivel en que tradicionalmente las aborda la psiquiatría, el psicópata no respeta al otro, va contra sus intenciones, sus propósitos, su pudor y sus códigos éticos. Pero cuando incluimos el nivel inconsciente –y esto sería lo que aporta específicamente la perspectiva psicoanalítica–, vemos que donde el psicópata tiene esta especial habilidad para tener en cuenta al otro es en ese nivel de los componentes inconscientes del otro, aquellos que el otro ha rechazado y que no considera parte de sí, pero que sin embargo –el psicoanálisis, ustedes saben, trabaja fundamentalmente con esto–, por más que estén reprimidos o disociados, aun rechazados conscientemente son componentes fundamentales que le proporcionan al otro una cierta satisfacción.

Por ejemplo, el psicópata, para lograr una estafa, ha tenido que saber captar cuáles son estos elementos del deseo y del goce inconscientes de su partenaire. Y es apoyándose en ellos, en la satisfacción inconsciente que le proporcionan al otro y que está en contra de ciertos mandatos del superyó, rechazada por el otro, es sólo apoyándose en esos elementos que el psicópata puede obtener esta seducción y manipulación.

Nos encontramos entonces con esta formulación lacaniana sorprendente que define la posición especial tomada por el psicópata en la relación con el otro en términos de instrumento. Es notable entonces cómo, cuando nos ubicamos en el nivel inconsciente, podemos describir la psicopatía diciendo que allí el psicópata se hace instrumento del goce del Otro. Ésta es la definición que, en definitiva, ha terminado por dar Jacques Lacan en relación con la perversión.

Tomemos el ejemplo de la perversión exhibicionista. Desde el punto de vista inconsciente, Lacan describe muy bien cómo en ese comportamiento no se trata solo de mostrar algo que produzca rechazo sino de atrapar la curiosidad inconsciente del otro.

Aun en contra del pudor de la víctima, lo que el perverso busca obtener es esa mirada cómplice, ese goce inconsciente que está en contradicción con todas las normas de la conciencia. Probablemente el psicópata se encuentra del mismo lado.

Es clarificador desplegar la comparación entre una y otra modalidad subjetiva en el eje de la angustia y el goce. Es sobre este eje que Lacan hace jugar la distinción, en el interior de la estructura perversa, entre el sádico y el masoquista. El sádico que aparentemente persigue provocar la angustia en el otro, pero, en realidad, inconscientemente busca producir el goce del Otro. El masoquista que aparentemente tiene el propósito de suscitar el goce del otro, pero, sin embargo, inconscientemente lo que busca es angustiar al Otro.

Deberíamos ubicar al psicópata del lado de la modalidad sádica para compararlo con el neurótico. En las neurosis encontramos de una manera privilegiada el despliegue de las diversas formas de angustia. Si Freud pudo darle ese lugar decisivo a la angustia es porque inventó el psicoanálisis a partir de las neurosis y es allí, en el campo de las neurosis, donde en primer término investigó y reconoció sus diferentes formas: la angustia de las neurosis de angustia, la angustia en la histeria y en la obsesión, y la angustia de las fobias o, como Freud prefería llamarlas hacia el final de su obra, histeria de angustia. La angustia es consustancial con la subjetividad neurótica en contraste con su casi ausencia o bajo nivel en el psicópata que sólo se angustia en sus momentos de crisis, es decir, en que fracasan sus mecanismos psicopáticos. Momentos breves, por lo general, transición hacia la recuperación de su equilibrio psicopático.

En cuanto a Lacan, si mantiene el eje freudiano que articula neurosis con angustia, es porque, sobre todo el neurótico, se angustia ante el deseo del Otro. Por eso la angustia que Freud caracterizó como señal de un peligro, Lacan llega a definirla como la percepción misma, en el sujeto, del deseo del Otro. Y esto es así porque, ante ese deseo, el neurótico se niega a servir de instrumento del goce del otro, su posición es de rechazo a ponerse al servicio del goce del otro.

El psicópata, él, no se angustia, pero no le ahorra esa experiencia a su partenaire. Por el contrario, es muy activo para enfrentar y sumir al otro en la experiencia de la angustia. Actividad del psicópata que apunta a un objetivo bien preciso: el intento de impedir a su pareja a acceder al goce, de llevarla más allá de las barreras de la inhibición y la represión. No al goce buscado y reconocido por el neurótico, sino al goce prohibido de la satisfacción de sus pulsiones reprimidas.

Bibliografía

- Chemama, Roland & Vandermersch, Bernard (2004), Diccionario del psicoanálisis. Bs. Aires & Madrid, Amorrortu editores.
- Freud, S. Tres Ensayos de Teoría Sexual. Amorrortu, Bs. Aires, 1991
- El Esclarecimiento Sexual del Niño
- Sobre un Tipo Particular de Elección de Objeto en el Hombre
- Pulsiones y Destinos de Pulsión
- La Represión
- Lo Inconsciente
- Pegan a un Niño
- Más allá del Principio de Placer
- La Organización Genital Infantil
- La Negación
- Kernberg, O. Diagnóstico Diferencial de la Conducta Antisocial, Revista de Psiquiatría, 1988, Volumen 5, página 101 a 111, Santiago, Chile
- Lacan, J. Seminario de la Angustia -el número
 - Seminario 3. Las Psicosis
 - Escritos. 1 y 2. En especial, Kant con Sade
- Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand (1996), Diccionario de Psicoanálisis, Traducción Fernando Gimeno Cervantes. Barcelona: Editorial Paidós.
- Mazzuca, R. “El psicópata y su partenaire”, Revista Alcmeon, vol. 9, número 35, Buenos Aires, 2000.
- Mazzuca, R. Desde el psicoanálisis: Patologías del acto y la culpabilidad. I Congreso Virtual de Psiquiatría 1 de febrero - 15 de marzo 2000.
- Moore, B.E. y Bernard D. Fine. Diccionario. Biblioteca nueva, Madrid.
- Rosolato, G. “Lo Negativo y su Léxico”.

Cuestiones

1. Desarrolla la expresión: “la perversión es el negativo de la neurosis”
2. En la perversión ¿Qué es el sujeto reconstituido de la alienación?
3. Deseo y voluntad en la perversión.